

**LENGUA, LITERATURA Y CULTURA COMPARADAS:
ESTUDIO Y ANÁLISIS DE LAS DIFICULTADES QUE
PLANTEA LA TRADUCCIÓN DE JAPONÉS A ESPAÑOL,
DEBIDAS A LAS DIFERENCIAS CULTURALES Y
ESTRUCTURALES, TOMANDO COMO BASE OBRAS
LITERARIAS ASÍ COMO LA COMUNICACIÓN ENTRE
AMBAS LENGUAS**

Tesis doctoral presentada por Elena Gallego Andrada, bajo la dirección del Dr. D. Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala, para la obtención de su grado de Doctora por el Departamento de Lengua Española, Lingüística y Teoría de la Literatura de la Universidad de Sevilla.

AGRADECIMIENTO

Para la elaboración de este trabajo me he basado fundamentalmente en la experiencia de los siguientes traductores literarios de japonés a español: el Dr. D. Fernando Rodríguez-Izquierdo, profesor de la Universidad de Sevilla, reconocido japonólogo, galardonado con el premio Noma de Traducción 1996, traductor de numerosas novelas y máximo especialista en *haiku* en España, y la escritora y periodista española Montse Watkins, traductora asimismo de muchas novelas.

También haré referencia a los trabajos de otros traductores, aunque en menor medida, por no conocer tan profundamente sus traducciones.

La feliz circunstancia de contar desde un principio, hace unos doce años, con la valiosísima ayuda, orientación y consejos del profesor Rodríguez-Izquierdo, que además ha tenido la amabilidad de dirigir esta Tesis Doctoral, así como la estrecha colaboración en la editorial Luna Books - Gendaikikakushitsu de Japón con mi gran amiga Montse Watkins, fundadora y directora de la editorial, y fallecida en plena juventud en noviembre del año 2000, me ha permitido conocer con profundidad su experiencia y sus trabajos de traducción y sentirme capaz de realizar con esperanzas de éxito esta tesis doctoral sobre las dificultades de comunicación y traducción literaria japonés-español, un tema totalmente desconocido en España, con la esperanza de contribuir de alguna forma a la difusión de la literatura japonesa en nuestro país.

Sirva este trabajo como homenaje a los traductores Fernando Rodríguez-Izquierdo y a Montse Watkins, que tanto esfuerzo, tiempo y entusiasmo han dedicado a este importantísimo proyecto cultural, y a los cuales quiero expresar mi profundo agradecimiento por su constante apoyo y valiosísimas enseñanzas, así como por la confianza en mí depositada.

Permítaseme asimismo mencionar a lo largo de este trabajo mis propias experiencias basadas en mi todavía breve trayectoria como traductora, en espera de que algún día llegue a ser tan dilatada como la de los traductores mencionados.

También quiero expresar aquí mi agradecimiento a todas aquellas personas que me han aportado su valiosísima ayuda y conocimientos para la realización de esta tesis y a la profesora de caligrafía Okamoto Masami (岡本雅美先生) de Kioto, que realizó las caligrafías de las páginas 53, 54 y 56.

“Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde Oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí, y dijeron: “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra”. Bajo Yahvé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: “He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros”. Y los dispersó de allí Yahvé por toda la haz de la tierra, y así dejaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió¹ Yahvé la lengua de la tierra toda”. (Génesis, 11, versión Nácar-Colunga)

¹ Babel se relaciona con el hebreo bala'el, “confundir”.

NOTA

Para la transcripción de los nombres japoneses se ha utilizado el sistema Hepburn, cuya lectura coincide en muchos aspectos con la pronunciación japonesa y española y se considera el más aceptado internacionalmente. No obstante, la “j”, la “w” y la “z” tendrán un sonido similar al del inglés, mientras que la “g” se pronunciará como la “g” suave en castellano.

La repetición de vocales como “Tookyoo” indica la pronunciación alargada de esa sílaba.

En cuanto al orden de los nombres, se ha seguido el criterio japonés, es decir, primero el apellido y después el nombre.

**LENGUA, LITERATURA Y CULTURA COMPARADAS:
ESTUDIO Y ANÁLISIS DE LAS DIFICULTADES QUE
PLANTEA LA TRADUCCIÓN DE JAPONÉS A ESPAÑOL,
DEBIDAS A LAS DIFERENCIAS CULTURALES Y
ESTRUCTURALES, TOMANDO COMO BASE OBRAS
LITERARIAS ASÍ COMO LA COMUNICACIÓN ENTRE
AMBAS LENGUAS**

I- INTRODUCCIÓN

“Sobre el proceso de traducción podemos preguntarnos: ¿qué es traducir? ¿es un arte? ¿es una técnica? ¿es una reunión de ambos conceptos, arte y técnica?

La palabra “traducir” tiene, como otras muchas palabras en español, una raíz latina. Es una palabra compuesta de “*trans*” que es un adverbio y significa “a través de” y “*ducere*” que es un verbo y significa “conducir”. Es decir, “conducir una realidad a través de un posible obstáculo”, como puede ser la diferencia de lenguas²”.

“Ahora bien, el texto puede ser considerado o bien como un objeto inerte que se transporta de un lugar a otro, o bien como un organismo vivo que se conduce. Ambas posibilidades están relacionadas con dos verbos latinos: *transferre* y *traducere*. El supino de *transferre* “transportar un objeto inerte”, es *translatum*, de donde vienen traslado y trasladar. A su vez, de *traducere*, “conducir un ser vivo de un lugar a otro”, proceden *traducir* y *traductor*³”.

“En sentido muy amplio, es traducción cualquier actividad expresiva, toda manifestación mediante la cual se exteriorizan sensaciones, ideas, afectos o sentimientos. El dolor y el placer (físico o anímico), el amor y el odio, la tristeza y la alegría, la admiración y el desprecio pueden traducirse en gestos o ademanes del rostro, en actitudes del cuerpo, de las manos, de la simple mirada. ¡Cuántas cosas se pueden decir, en total silencio, sólo con los ojos! (...)

El proceso mediante el cual se exteriorizan y se comunican las vivencias artísticas es, en efecto, un acto de translación, es decir, de traducción. El movimiento y la actitud en la expresión gestual o en la danza, el color en la pintura, el sonido en la música, son los *signos* utilizados en el proceso de comunicación correspondiente. La translación o traducción efectuada mediante estos signos, entre los que no se incluye aún la palabra, podría designarse con el nombre genérico de *traducción semiótica*. Este género de traducción o de

² Fernando Rodríguez-Izquierdo, “La traducción literaria y poética con especial aplicación al *haiku*”, Actas de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto (1996-1998).

³ Esteban Torre, *Teoría de la traducción literaria*, Madrid, Síntesis, 1994, p. 9.

Introducción.

comunicación, de algún modo y hasta cierto punto, lo comparten con el hombre muchos animales.

La palabra, el *signo lingüístico*, es el instrumento peculiar de la comunicación humana. Pero también la comunicación por la palabra es esencialmente traslación de contenidos anímicos del emisor al receptor, y, en tal sentido, es siempre traducción. Lo es desde su nivel más bajo hasta sus más altas cumbres. Así lo han comprendido grandes escritores. Pero quizá nadie lo haya expresado tan claramente como Proust. Considera Proust el alma humana impresionada por las cosas del mundo como un libro esencial. El único verdadero: un libro que el gran escritor no tiene que inventar, puesto que ya existe en cada uno de nosotros; lo que ha de hacer es traducirlo. El deber y la tarea del escritor son, según Proust, los mismos del traductor (*À la recherche du temps perdu*, éd. De la Pléiade, t. III, pag, 890). Aproximadamente lo mismo piensa Valéry de la misión del poeta: “Colocado entre su hermoso ideal, aún no formulado, y la nada, el poeta es una especie de traductor”. A este género de traducción, cuyo instrumento es la palabra, podríamos darle el nombre de *traducción lingüística*.

Estrechando más los límites del concepto (y prescindiendo de los enunciados orales, que son objeto de un tipo de traducción igualmente oral, llamada *interpretación*), llegamos a la traducción que tiene como punto de partida un texto escrito. Entre las muchas variedades de textos que pueden ser objeto de esta clase de traducción (técnicos, científicos, filosóficos, etc.) se hallan los textos literarios, cuyo conjunto forma la literatura en sentido propio. Estos textos y su traducción son los que ahora nos interesan⁴.

“Una de las definiciones de la traducción mejor aceptadas es la de Ch. R. Taber y E. A. Nida: “La traducción consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua fuente mediante el equivalente más próximo y más natural, primero en cuanto al sentido y luego en cuanto al estilo” (*La traduction: théorie et méthode*, Londres, Alliance Biblique Universelle, 1971, p. 11)⁵”.

⁴ Valentín García Yebra, *En torno a la traducción*, Madrid. Gredos, 1989, pp. 291-293.

⁵ *Ibid.*, p.106.

Introducción.

“Sin embargo, la traducción es un proceso mucho más complicado de lo que a primera vista parece. Al hablar de la dificultad de la traducción, damos por supuesto que la actividad traductora, con más o menos limitaciones, es un quehacer posible. No faltan, sin embargo, quienes ponen en duda esta posibilidad. “¿No es traducir, sin remedio, un afán utópico?”, pregunta Ortega en su célebre ensayo *Miseria y esplendor de la traducción*.

El solipsismo lingüístico niega incluso la posibilidad de toda verdadera comunicación interpersonal por la palabra. Esta corriente de pensamiento se manifiesta ya en Rilke cuando, en sus “Cartas a un joven poeta”, afirma que “casi todo lo que nos sucede es inexpresable” y que “en el fondo, y precisamente, en cuanto a lo esencial, estamos indeciblemente solos”. Pues si la verdadera comunicación dentro de una misma lengua es imposible ¿cómo no ha de serlo entre lenguas distintas? Pero no sería difícil hallar teóricos del solipsismo que no sólo escriben para los lectores de su propia lengua, sino que autorizan y aún buscan la traducción, las traducciones, de sus escritos.

En cuanto a Ortega, aquella pregunta es sólo un recurso de hábil retórica. Allí mismo precisa, algo más adelante: “...tan lejos está de quitar sentido a la ocupación de traducir subrayar su imposibilidad, que a nadie se le ocurre considerar absurdo que hablemos unos con otros en nuestro materno idioma, y, sin embargo, se trata también de un ejercicio utópico”.

Las limitaciones de la traducción, son los traductores, los buenos traductores, quienes más vivamente las sufren. Uno de los mejores que ha tenido nuestra lengua en este siglo, el jesuita ecuatoriano Aurelio Espinosa Pólit, resumió así el problema en el prólogo a su traducción de *El lebré del cielo* de Francis Thompson: “Verdad es que ninguna traducción será nunca más que un sustitutivo anodino. Pero, en esta materia, menos que en cualquier otra, a ninguna parte lleva el orgulloso lema “o todo o nada”. Ese “todo” no lo tendremos jamás, y de este “nada” tenemos que salvarnos por la humilde recolección, en traducciones a nuestra propia lengua, de los más preciados tesoros de las lenguas que ignoramos”.

Introducción.

Partimos, pues, de que la traducción, con todas sus limitaciones, es posible y deseable, incluso es imprescindible. Pero también tenemos que reconocer que la traducción es una empresa arriesgada y difícil, que no pocas veces se malogra.

¿Por qué es difícil la traducción? ¿Cuál es la dificultad, cuáles las dificultades con que tropiezan habitualmente los traductores? Tenemos que limitarnos aquí al ámbito de lo genérico. Las dificultades concretas, particulares, que pueden presentarse en una traducción pueden ser tantas como en un zarzal las espinas.

Podemos reducir a tres categorías las dificultades de toda traducción, especialmente de toda traducción literaria: las inherentes a la disparidad de las lenguas, las imputables a una defectuosa comprensión del original y las condicionadas por la falta de capacidad expresiva del traductor en su propia lengua.

La disparidad o inadecuación de las distintas lenguas es, desde hace más de un siglo, lugar común entre los teóricos de la traducción. “¿Por qué –se preguntaba el poeta y dramaturgo Ch. F. Hebbel- es tan difícil la traducción?” “Porque –contestaba él mismo- las palabras de las lenguas diferentes sólo en casos muy raros se corresponden del todo, pues los distintos pueblos, al reflejar las cosas en sus respectivas lenguas, por necesidad conceden atención preferente a las cualidades más diversas”.

Esto mismo lo expresa Ortega más concretamente en el ensayo citado: “Es utópico -dice- creer que dos vocablos pertenecientes a dos idiomas, y que el diccionario nos da como traducción el uno del otro, se refieren exactamente a los mismos objetos (...) Es falso, por ejemplo, suponer que el español llama bosque a lo mismo que el alemán llama Wald, y, sin embargo, el diccionario nos dice que Wald significa bosque”. Y Gide compara al traductor con un jinete que pretendiera hacer ejecutar a su caballo movimientos que no le son naturales.

Las citas y comparaciones podrían multiplicarse. Yo mismo he comparado al traductor con un pintor que se viera obligado a reproducir un cuadro sin tener a mano los mismos colores del original. Pero quizá la comparación más demostrativa puede tomarse de la música, pues también la palabra es sonido, y la palabra artística, melodía y ritmo. El traductor es, pues, semejante a un músico que transpone una composición de un tono a otro; mejor aún, que adapta una

Introducción.

pieza escrita para un conjunto de instrumentos, de modo que sea ejecutada por otro conjunto de naturaleza distinta. Es indudable que la música no sonará lo mismo; en casos extremos, puede perder su calidad artística.

Tal es el riesgo que corre la traducción de cierta poesía, de aquella cuyos valores residen más en la forma que en el contenido. Para salvar esa poesía en la traducción hace falta un milagro; milagro que sólo los traductores pueden hacer -y no siempre- si son, además, poetas.

La dificultad y el riesgo imputables a la comprensión del original son menores cuanto mayores sean los conocimientos lingüísticos y la agudeza mental del traductor, pero aumentan en proporción directa con la calidad artística de la obra traducida. No me refiero aquí a errores triviales de interpretación, debidos muchas veces a simples descuidos -no por eso excusables-, en que incurren ocasionalmente aun los mejores traductores (...). Me refiero a las dificultades de comprensión con que tropiezan todos los traductores, incluso los más cuidadosos y mejor preparados, que son precisamente los que mejor perciben y más sufren estas dificultades.

Las grandes obras literarias son como universos cerrados. Sus sistemas de valores artísticos no pueden ser descubiertos y comprendidos con una metodología científica. Muchas veces sólo por la intuición se puede llegar a ellos. Pero todos sabemos que cuán arriesgada es siempre la senda de la intuición.

Esta cerrada unicidad de la obra literaria, su carácter predominantemente subjetivo, la connotación y la plurisignificación que impregnan su estructura verbal, son obstáculos, en parte invencibles, para su comprensión entera. Si no podemos aceptar la exageración del solipsismo lingüístico, hemos de reconocer, en cambio, que ningún lector puede captar en su totalidad, en todos sus matices, en todas sus vibraciones, el mensaje de una gran obra literaria, aunque esté escrita en su propia lengua. ¿Qué diremos entonces del lector de una obra escrita en lengua ajena? Tal es, en efecto, el caso del traductor, que ha de ser, antes que nada, lector atentísimo de la obra cuya traducción se propone. Es evidente: el hecho de enfrentarse con una obra escrita en lengua que no es la suya no le pone en situación ventajosa.

Introducción.

El tercer género de dificultades que acechan al traductor está constituido por las vinculadas a su capacidad expresiva en la lengua propia. La comprensión y la expresión son las dos alas del traductor. Y, si le falla una, no puede remontar el vuelo.

Pues bien, si la comprensión total de un mensaje literario es imposible, la expresión en otra lengua de la parte comprendida no corre mejor suerte. La creencia de que se puede expresar bien todo lo que se comprende bien es muy ingenua. ¿Quién puede, quién sabe expresar con exactitud todo lo que él mismo siente y quiere?

Cuanto mejor entienda el traductor el sentido del original, cuanto más comprenda de su mensaje, cuanto más se acerquen las vibraciones de su espíritu a las que el autor transmitió a la obra, más conciencia tendrá de su incapacidad para reproducir todo esto en la traducción.

Es aquí, no obstante, donde el traductor puede y debe mostrar de manera especial su talento. Según Humboldt, lo maravilloso de las lenguas es que todas, al principio, se limitan a las necesidades de la vida ordinaria; pero luego pueden ser elevadas por el espíritu de la nación que las cultiva a un uso cada vez más alto y variado. “No es demasiado atrevido -dice- afirmar que en cada una de ellas, incluso en los idiomas de pueblos muy primitivos (...), se puede expresar todo, lo más alto y lo más profundo, lo más fuerte y lo más delicado. Pero estos tonos dormitan, como en un instrumento no pulsado, hasta que la nación aprende a despertarlos”.

Un traductor de talento, es decir, de comprensión amplia y penetrante y de gran capacidad expresiva, puede y debe contribuir a despertar esos tonos que todavía dormitan en su propia lengua. El verlos expresados en la del original espoleará su inventiva y su esfuerzo para hallarles equivalente. Aunque no llegue a logros totales, robustecerá su capacidad expresiva y enriquecerá la lengua de su pueblo⁶.

⁶ García Yebra *En torno...*, pp. 349-353.

Introducción.

En cuanto al proceso de traducir, ¿es una operación lingüística o es una operación literaria? Para Fedorov, la traducción es simplemente una operación lingüística, un fenómeno lingüístico, y, en consecuencia, toda teoría de la traducción habría de depender de la lingüística, única ciencia capaz de ofrecer unas bases objetivas para tales estudios. Pero esta decisión de incluir la traducción en el marco de la lingüística general ha sido discutida desde el primer momento, y no precisamente por los lingüistas, sino por los traductores, en particular por los traductores literarios. Estos consideran la traducción como una operación artística, y, por tanto, niegan la competencia del conocimiento científico para incluirla en su campo. Rechazan concretamente la posibilidad de someterla al análisis lingüístico.

“Uno de los portavoces de esta actitud fue Edmond Cary, autor de varios estudios sobre la traducción. Según Cary, las tesis de Fedorov y de Vinay y Darbelnet “resisten mal la comprobación de los hechos” (*Comment faut-il traduire?*, pag. 4). La traducción, considerada en todos sus aspectos, y, por tanto, no sólo como traducción documental o científica, sino también como traducción literaria, no cabe en el marco de la lingüística; lo desborda por muchos puntos. “La traducción literaria –afirma Cary- no es una operación lingüística; es una operación literaria” (*Ibid.*, lección 2, pag. 8). La traducción poética –añade- es una operación poética. “Para traducir a los poetas hay que saber mostrarse poeta” (“Traduction et poésie”, *Babel*, III, núm.1, 1957, pag. 25). La traducción de una obra de teatro no es el resultado de un proceso lingüístico, sino de una actividad dramática. Y el doblaje cinematográfico es una operación específicamente cinematográfica, que desborda el marco lingüístico, pues la elección de los equivalentes de la lengua de la traducción no puede atender exclusivamente al significado de los términos del original, sino que ha de ajustarse también al movimiento de los labios de los actores, a sus gestos, a la situación delimitada por la imagen visual, incluso a las reacciones sociológicas propias de una audición en grupo (*Comment faut-il traduire?*, lección 6, pag. 1-7)⁷”.

Por tanto, Cary mantiene que la traducción es una operación literaria, y que los estudios que sobre ella se vierten no podrán jamás constituir una ciencia, sino un arte.

⁷ *Ibid.*, p. 36.

Introducción.

“Esto quiere decir que no se trata de cambiar valores, un adverbio por otro, un verbo por otro, etc., traduciendo literalmente “palabra por palabra” (*pro uerbo uerbum*). No es una operación así, tan matemática. Es una operación literaria. Hay que ir al mensaje, los grandes contenidos. La palabra es un medio o es un puente. Un río lo podemos pasar por un puente pero también por otro. También lo podemos saltar o cruzar en una barca. Son medios. La palabra también es un medio. Por tanto, hay que cambiar las palabras. Y hay que cambiar incluso a veces un poco los contenidos para preservar el mensaje. A veces hay que cambiar los significados de las palabras aisladas para cambiar todo y dar el mismo mensaje⁸”.

“Lo ideal, evidentemente, sería traducir tanto la forma como el contenido, sin que ninguno de ambos interfiriera en el otro, Pero muchos traductores afirmarían que esto es a menudo imposible. Y cuanto más diferentes sean las lenguas entre sí mucho más difícil será este ideal. La forma del texto original puede ser característica de las convenciones de la lengua de salida o lengua original (LO), pero tan alejada de las normas de la lengua de llegada o lengua terminal (LT) que dar cuenta de la forma acarrearía un inevitable oscurecimiento del “mensaje” o del “sentido” del texto⁹”.

Para el poeta Octavio Paz (1971: 13), “no hay ni puede haber una ciencia de la traducción”, por más que el “imperialismo de la lingüística” de los últimos años tienda a minimizar la naturaleza eminentemente literaria de la actividad traductora. Pero sí “debe estudiarse científicamente”, ya que, del mismo modo que la literatura es una función especializada del lenguaje, la traducción es una función especializada de la literatura. Lo que importa es, en suma, que el traductor posea un cierto grado de “competencia literaria”, si bien es éste un concepto de difícil definición (Silva, 1977).

“Una teoría, por muy buena que sea -apunta Katharina Reiss (1992: 29)-, no puede hacer que una persona capaz de expresarse llegue a ser buen traductor; del

⁸ Rodríguez-Izquierdo “La traducción literaria...”

⁹ Basil Hatim y Ian Mason, *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso*, Ariel Lenguas Modernas, Barcelona, 1995, p. 19.

Introducción.

mismo modo que no se puede conseguir, ni con la mejor de las teorías literarias, que alguien que no sepa escribir se convierta en un escritor o poeta. Serían, con todo, cuatro los ámbitos en los que tendría cabida una teoría de la traducción: la enseñanza de la traducción, el ejercicio de la profesión de traductor, la crítica de la traducción y los estudios de traducción comparada¹⁰”.

“Esto significa que es bueno saber lingüística, pero también es muy importante conocer bien las lenguas. De nada nos sirve mucha teoría sino conocemos bien las lenguas, el valor y alcance significativo de las palabras, y cómo y por qué los autores han utilizado esas palabras. Es muy importante conocer la propia lengua, es decir, un traductor debe conocer perfectamente la lengua a la que traduce y es necesario que sepa exactamente qué dice cuando usa unas u otras palabras¹¹”.

No puede ser buen traductor quien no sea maestro en su propia lengua. El traductor ideal no es el bilingüe perfecto que, por lo demás, no existe. Ya el conocimiento perfecto de una lengua es difícil, más aún, inasequible, porque la lengua es un ente vivo, que siempre está evolucionando. En el caso del español, que cubre territorios vastísimos, con modalidades más o menos acentuadas en unos y otros, es prácticamente imposible para una sola persona abarcar toda la extensión multiforme de la lengua. Y el bilingüe tendría que abarcar, además, la de otra.

“En el caso de que hubiera que dar prioridad al conocimiento de una de las dos lenguas, ¿a cuál se la daríamos? Indudablemente a la terminal. La comprensión, en cuya esfera actúa el conocimiento de la lengua original, no es aún traducción. La traducción consiste en trasladar a otra lengua lo comprendido en el original. Para ello el traductor necesita conocer muy amplia y profundamente los recursos de la lengua a la que traduce. Su situación es, en cierto modo, comparable a la del poeta. La versificación exige gran copia de vocabulario, destreza en el manejo de la morfología y la sintaxis, fino discernimiento de los valores fónicos y de los matices expresivos de las palabras.

¹⁰ Torre *Teoría...*, p. 12.

¹¹ Rodríguez-Izquierdo “La traducción literaria...”.

Introducción.

en sí mismas y en su vinculación a posibles contextos. Porque la palabra es un microcosmos, un pequeño mundo donde hay muchas realidades en juego, desde la fonética hasta la semántica. La palabra humana es muy compleja y tiene muchos valores, pero no podemos eliminar ninguno¹²”.

“La traducción literaria, para ser buena, es preciso que diga del mejor modo posible lo comprendido en el original. Por eso el traductor literario sólo puede traducir, normalmente, a su propia lengua. Francisco Ayala, en un folleto muy útil, titulado *Problemas de la traducción* (Madrid, Taurus, 1965), pone como requisito primordial para hacer buenas traducciones “poseer las aptitudes y una formación de escritor” (p.12). Estas aptitudes y esta formación, salvo casos excepcionales, sólo pueden ejercerse en la propia lengua. Para comprender bien lo escrito en otra lengua se necesita mucho menos que para escribirla bien; ni siquiera hace falta hablarla. Para expresar bien en la traducción lo comprendido en el original, hay que ser maestro en el uso de la lengua a la que se traduce¹³”.

“El buen traductor, maestro en su propia lengua, aunque sea maestro con limitaciones, sabrá incorporar a ella nuevos vocablos sin hacerle violencia: Cuando su lengua carece de palabra para traducir otra del original, el traductor ha de saber elegir, entre varias soluciones la más adecuada. A veces será conveniente, o necesario, dejar la palabra tal como está en el original: hay vocablos tan cargados de resonancias afectivas, que no pueden traducirse. Podrían aducirse muchos ejemplos: basten *sophrosyne* en griego, y en portugués, *saudade*¹⁴”.

Añadamos también el caso de los vocablos japoneses *setsunai*, *wabi*, *sabi*, etc..

Y, siguiendo con el tema de lo que significa ser traductor y de las cualidades que debe poseer la persona que quiera llegar a serlo, veamos a continuación algunas opiniones.

¹² Ibid.,

¹³ García Yebra *En torno...*, p. 133.

¹⁴ Ibid., p. 101.

Introducción.

“El traductor, además de ser un procesador competente de las intenciones de los textos de la LO, debe hallarse en disposición de valorar cuáles serán los efectos de su traducción en los lectores u oyentes de la LT¹⁵”.

“El traductor es, en primer lugar y sobre todo, un mediador entre dos partes para quienes sería problemática la comunicación sin el concurso de aquél; y esto vale tanto para el traductor de patentes y contratos, el de poesía o de ficción, como para el intérprete simultáneo, mediador de manera muy directa. Podemos, pues, preguntarnos qué entraña este proceso de mediación. Lo más obvio es que el traductor posee no sólo capacidad como bilingüe, sino una perspectiva bicultural. Los traductores median entre culturas (lo cual incluye las ideologías, los sistemas morales y las estructuras socio - políticas) con el objetivo de vencer las dificultades que atraviesan el camino que lleva a la transferencia de significado. Lo que tiene valor como signo en una comunidad cultural puede estar desprovisto de significación en otra, y el traductor se encuentra inmejorablemente situado para identificar la disparidad y tratar de resolverla.

Pero los traductores son mediadores en otro sentido; de algún modo, son “lectores privilegiados” del texto en lengua original. A diferencia del lector normal del original o de la versión traducida, el traductor lee para producir, descodifica en la LO para volver a codificar en la LT. Dicho de otro modo, el traductor utiliza como materia prima para el proceso traslaticio información que normalmente constituiría el producto y, por tanto, el final del proceso lector.

La elaboración interpretativa, en consecuencia será probablemente más profunda, menos espontánea que la del lector ordinario; y la comprensión de un fragmento del texto se beneficiará de las conclusiones que deriven de la lectura de las posteriores partes de aquél. La posibilidad de sacarle provecho a la retrospectión es común al traductor por escrito y al intérprete consecutivo, pero le falta al intérprete simultáneo, cuya elaboración del texto entrante se parece mucho más a la de los receptores de la LT¹⁶”.

“Ahora bien, cada lectura de un texto es un acto único (cfr. Steiner, 1975; Beaugrande, 1978, 30), un proceso tan sujeto a las restricciones contextuales derivadas de la ocasión concreta como lo es la propia producción del texto. De

¹⁵ Basil Hatim y Ian Mason *Teoría...*, p. 86.

¹⁶ *Ibid.*, p. 282.

Introducción.

este modo, es inevitable que un texto traducido refleje la lectura del traductor; de donde proviene otro factor más que aleja al traductor de los lectores normales, y es que, mientras éstos pueden dejar que sus propias creencias y valores intervengan en el proceso creativo de la lectura, el traductor ha de cuidarse de ello. Los matices ideológicos, las predisposiciones culturales y otros elementos semejantes que se hallen en el TLO (texto de la lengua original) deben transmitirse al TLT (texto de la lengua terminal) sin que los contamine la visión de la realidad mantenida por el autor¹⁷”.

A este respecto también encontramos la siguiente opinión:

“La unicidad de la obra literaria, su carácter predominantemente subjetivo, la connotación y la plurisignificación que impregnan su estructura verbal, son obstáculos, en parte invencibles para su comprensión total. Si no podemos aceptar la exageración radical del solipsismo lingüístico, que considera imposible toda verdadera comunicación verbal, aun dentro de la misma lengua, tenemos que reconocer, en cambio, que ningún lector puede captar en su totalidad, en todos sus matices, en todas sus vibraciones, el mensaje de una obra literaria.

El sentido que atribuimos a las palabras está determinado por los múltiples contextos, por el conjunto de las situaciones en que las hemos aprendido, ya por vía oral o por la transmisión escrita; por eso, para comprender y sentir un texto literario exactamente igual que su autor, sería preciso tener exactamente la misma constitución espiritual que él, y haber aprendido las palabras exactamente en los mismos contextos y en las mismas situaciones; sería preciso identificarse con el autor, ser el autor mismo. Más aún, ni siquiera el autor de una obra literaria puede captar íntegramente el mensaje transmitido por ella. En primer lugar, porque tal mensaje depende, en parte, de factores ajenos a la voluntad del autor, y, además, porque el autor, como todo el mundo, cambia constantemente, y, al cambiar él, cambia su punto de vista. Y es claro que nunca se ve lo mismo desde dos puntos de vista diferentes.

Pues, si no hay lector capaz de comprender el mensaje total de una obra literaria escrita en su propia lengua, ¿qué diremos de aquellos cuya lengua no es la de la obra original? El traductor es, tiene que ser, antes que nada, lector. Antes de ponerse a traducir, tiene que leer y tratar de comprender la obra lo mejor

¹⁷ Ibid., p. 282.

Introducción.

posible. Y es evidente: el hecho de que la obra esté escrita en una lengua que no es la suya no le pone en situación ventajosa.

La conclusión es obvia: ningún traductor comprenderá jamás la totalidad del mensaje de una obra literaria escrita en lengua ajena. ¿Y cómo podrá, entonces, traducir, trasladar este mensaje a los lectores de su propia lengua? En el mejor de los casos, traducirá todo lo que haya comprendido. Pero no podrá traducir lo que no comprenda. En este sentido, es cierto que la traducción resulta una faena utópica, tarea imposible empresa desesperada.

¿Quiere esto decir que sea ilegítima o censurable? No; como tampoco es censurable la lectura, aunque ningún lector pueda comprender jamás el mensaje total de una obra literaria escrita en su propia lengua. El buen traductor, como el buen lector original, comprenderá del mensaje literario lo suficiente para que su lectura se vea recompensada. Tampoco la abeja agota el néctar de las flores; pero saca de ellas bastante para henchir de miel sus panales¹⁸.

“Ser traductor significa ejercer el noble oficio de comunicar entre sí a hombres separados por barreras lingüísticas total o parcialmente infranqueables para ellos. Los hombres nacen y crecen en el ámbito de una comunidad lingüística. La lengua compartida por los miembros de esa comunidad —que no coincide forzosamente con la nación a que pertenece, sino que puede ser la lengua de una comunidad lingüística infra o supranacional— es un elemento de unión entre sus hablantes y de separación frente a los hablantes de otras lenguas.

Entre los hablantes de lenguas diferentes se alza, en efecto, la doble barrera de la lengua propia y la ajena. La lengua propia tiende a fijar en su territorio lingüístico a quienes la hablan; la lengua ajena tiende a impedir la entrada en su territorio a los hablantes de otras lenguas. El aprendizaje de lenguas ajenas hace posible la salida del territorio lingüístico propio y la entrada en el de la(s) lengua(s) aprendida(s)¹⁹.”

“En cuanto a las clases de traducción, desde hace mucho tiempo se ha establecido, y se admite generalmente, la distinción entre dos grandes campos de la traducción: el de la *traducción científica y documental*, por una parte, y el de la

¹⁸ García Yebra *En torno...*, p. 129.

¹⁹ *Ibid.*, p. 9.

Introducción.

traducción literaria, por otra. Y dentro del campo de la traducción literaria el terreno más escabroso o resbaladizo es el de la poesía. Esta división o distinción de los campos es importante para la teoría de la traducción²⁰”.

Y pasando ya más directamente al tema que nos ocupa, la traducción de literatura japonesa al castellano, podemos plantearnos la siguiente cuestión: ¿cuál es el mejor método y las pautas a seguir en la difícil tarea de traducir este tipo de literatura?

Esta es una pregunta que nos hemos planteado innumerables veces los pocos hispanohablantes que nos dedicamos a este tipo de traducción. Mientras que en inglés y otros idiomas existe una larga tradición en este campo, que data del comienzo de la era Meiji (1868-1912), además de abundante bibliografía y textos de referencia, los pocos hispanohablantes que nos embarcamos en esta tarea nos encontramos con muy pocos precedentes que nos sirvan como orientación a la hora de tomar las constantes decisiones necesarias para hacer un trabajo de calidad.

Son muy raros los casos en que un traductor literario puede ganarse la vida exclusivamente con este trabajo. Desde luego, hay casos en que una editorial encarga la traducción de una obra, esperando que se venda bien; sin embargo, esto raramente ocurre con las obras japonesas: por lo general, es un trabajo hecho por vocación. El traductor de literatura japonesa trabaja con la ilusión de comunicar algo nuevo, una faceta de una cultura muy poco conocida para el lector hispanohablante. Por tanto, olvidando el tiempo y los intereses económicos, y no escatimando esfuerzos, tratará de conseguir la máxima perfección de la que es capaz y que llena de satisfacción y sentido su vida.

“Esta es una satisfacción que no paga el dinero. Creo que la sensación podría compararse a la que sintió Tooson Shimazaki (島崎藤村、1872-1943) cuando publicó en 1906 por su cuenta la primera edición de mil ejemplares de “El precepto roto”²¹ (*Hakai*, 破壊) (obra de la que hablaremos más adelante) y,

²⁰ Ibid., pp. 39-40.

²¹ Tooson Shimazaki, *El precepto roto*. trad. del japonés de Montse Watkins, Luna Books - Gendaikikakushitsu, Tokio, 1997.

Introducción.

cargándolos en una carretilla, salió a venderlos por las librerías del barrio de Kanda (Tokio), consiguiendo enseguida un gran éxito de crítica y agotando cinco ediciones en sólo un año. Sin embargo, esta gran novela había costado la vida por desnutrición de tres de sus hijos en los dos años que tardó en escribirla.

Espero que los que nos dedicamos a esta labor no lleguemos a tales extremos. Sin embargo, nuestros esfuerzos se encuentran con un obstáculo adicional: la falta de criterio de las editoriales españolas e hispanoamericanas que publican traducciones al castellano del inglés, francés u otros idiomas, debido a su menor coste. Para las editoriales acomodadas a la solución fácil, es mucho más atractivo pagar, y no mucho, a alguien que les traduce un libro en una semana o dos que el costoso trabajo del original del traductor especializado.

De esta forma, si toda traducción inevitablemente pierde algo de su sabor original, doblemente perderá en todos los aspectos cuando es una traducción indirecta partiendo de otro idioma, y los errores que a veces se cometen en las traducciones se repiten automáticamente y se añaden otros (analizaremos detalladamente este tema en el apartado titulado “El problema de las traducciones indirectas y los errores en dichas traducciones”).

En este sentido, creemos que es necesario que España y otros países latinos se den cuenta del valor de ofrecer al lector traducciones de calidad que permitan apreciar en toda su riqueza de matices las obras de la literatura japonesa, y no ir siempre a la cola de otros idiomas²².

Por otra parte, ¿qué diferencias existen entre la traducción de lenguas pertenecientes a un mismo sistema cultural y la traducción entre lenguas de distinto sistema?, o por decirlo de otra manera, ¿qué diferencias existen entre la traducción entre lenguas europeas y la traducción de una lengua asiática como el japonés a una lengua tan diferente de ésta como es el japonés?

²² Montse Watkins “Reflexiones sobre la traducción de la literatura japonesa al castellano” Actas del XI Congreso de Canela (Confederación Académica Nipona – Española-Latinoamericana) Tokio, 1999.

Citaré a continuación algunas teorías que pueden esclarecer esta cuestión:

“El hecho de que cada lengua segmente y estructure la realidad a su manera, o que cada lengua implique en cierto modo una visión específica del mundo, ha llevado en ocasiones a una concepción determinista de las relaciones que existen entre el lenguaje y la cultura, o entre el lenguaje y el pensamiento, tal como sostiene por ejemplo la conocida hipótesis de Sapir-Whorf. Llevado a su extremo, este punto de vista supondría la negación absoluta de toda posibilidad de traducción. Si no vemos el mundo más que a través de los cristales que previamente ha tallado nuestro lenguaje, sucede que, cuando nos refiramos a la realidad extralingüística en dos lenguas diferentes, jamás hablaremos exactamente de la misma realidad, y, por lo tanto, la traducción de una lengua a otra sería algo materialmente imposible.

Sin embargo, las traducciones existen. Y cuando algo existe y la teoría dice que no puede existir, no cabe duda de que la teoría está equivocada. Sobre la base de esta elemental constatación, Roger Roothaer (1978:134) se sitúa en el polo opuesto de la tesis de Sapir-Whorf y sostiene que el lenguaje y el pensamiento son facultades separadas. La traducción no sería otra cosa que la reproducción en la LT (lengua terminal) del “pensamiento” contenido en el TLO (texto de la lengua original). Sin la mediación del pensamiento ninguna traducción sería posible.

Veamos a continuación un ejemplo ya clásico, propuesto en 1958 por Vinay y Darbelnet (1973:58) y reproducido por Mounin (1971:73), sobre la traducción de la frase inglesa “He swam across the river” (“cruzó el río a nado”) el francés : “il traversa la rivière à la nage”. La situación descrita es la misma, aunque la “segmentación de la experiencia” es completamente distinta. El inglés se interesa por el movimiento concreto del cuerpo (he swam, “nadó”), mientras que el desplazamiento en el espacio es algo secundario, que se expresa en la partícula “across” (“a través”, “de una parte a otra”). El francés, por el contrario, relega el movimiento del cuerpo a la condición de un simple complemento circunstancial (à la nage, “a nado”) y se interesa ante todo por el aspecto abstracto de la acción del verbo “traverser” (“cruzar”, “atravesar”)²³.

²³ Esteban Torre, *Teoría...*, pp. 8-9.

Introducción.

Si nos encontramos con estas dificultades y diferencias al traducir una frase tan simple como ésta entre dos lenguas de dos países vecinos, pertenecientes al mismo sistema cultural y que casi se puede “atravesar a nado” de uno a otro, ¡cuántas más diferencias y dificultades habrá en la traducción de una lengua europea como el español a una lengua asiática como el japonés! para tratar de cumplir fielmente las tres leyes de la traducción que proponía A. F. Tyler, cuyo *Essay on the Principles of Translation*, publicado por primera vez en 1791, fue el primer libro en lengua inglesa consagrado en su totalidad a los estudios sobre la traducción:

- I- Que el traductor ha de ofrecer una transcripción completa de las ideas de la obra original.
- II- Que el estilo y manera de escribir deben ser de la misma calidad que los del original.
- III- Que la traducción ha de tener la misma fluidez que la composición original²⁴.

En resumen, si los trabajos literarios reflejan en su aspecto más íntimo el alma de un pueblo, además de la individual de cada autor, todo traductor que se precie se encuentra ante un notable desafío para transmitir fielmente todo el contenido a través de las fronteras lingüísticas y culturales. Para eso, no sólo debe conocer lo mejor posible el idioma, para evitar errores comunes de traducción, sino también haber estudiado a fondo la cultura y las costumbres japonesas, para ser capaz de “leer entre líneas” y captar acertadamente el sentido de las palabras en el contexto cultural japonés, de modo que él mismo sirva de “filtro” para que los lectores que nunca han vivido en Japón puedan imaginarse sin problemas las situaciones o descripciones que aparecen en la obra.

Es decir, el traductor descodifica en la LO para volver a codificar en la LT, en nuestro caso el japonés y el español respectivamente. De su habilidad de mediación entre una cultura y otra en todos sus aspectos (incluidas las ideologías, sistemas morales, estructuras sociales, costumbres, mitos, formas de percibir el mundo y la realidad) y de la transferencia fiel de todo el significado dependerá que el lector hispanohablante recupere incluso la última gota de la esencia de la

²⁴ Basil Hatim y Ian Mason, *Teoría...*, p. 27.

Introducción.

obra, hasta el punto de que tenga la sensación de estar leyendo en la lengua original y no una traducción. O sea, que los lectores de la LT, es decir, los hispanohablantes, reciban la misma impresión que el original produce en los lectores japoneses.

Esto es un poco la utopía de la traducción: que tomemos una frase y ya no sepamos si es del autor que la creó o del traductor que la tradujo: dónde está la virtualidad, la magia, que haya una fusión plena. Pero evidentemente se trata de un ideal que, como todo ideal, no es real.

“Meillet dijo que los sistemas gramaticales de dos lenguas son impenetrables entre sí. Cada lengua tiene su sistema que es un todo cerrado y no podemos hacer trasvases de gramática a gramática. Nos tenemos que situar en un nivel distinto. Esto nos lleva a la consideración de los niveles: las estructuras lingüísticas ante el proceso de traducir, porque hay muchas estructuras y todas ellas son sumamente importantes para la comunicación -primero-, y evidentemente -en segundo y muy importante lugar- también para la traducción²⁵”.

“Veamos a continuación unas memorables palabras de Don Quijote sobre la traducción:

“El traducir de una lengua en otra (...) es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que, aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz”. (Quijote, parte II, cap. LXII).

Para que se vean las figuras del TLT con los mismos colores, con la misma tersura y con la misma apariencia del TLO, es para lo que el traductor ha de poner en juego todos los recursos que su capacidad de improvisación le proporcione, sobre la base de su propia experiencia traductora. Y no cabe duda de que una sólida fundamentación en los principios teóricos, entre los que se encuentre primordialmente la reflexión sobre los distintos procedimientos técnicos que pueden ser utilizados, le servirá de inestimable ayuda.

²⁵ Fernando Rodríguez-Izquierdo “La traducción literaria...”.

Introducción.

El traductor nace, pero también se hace. Y se hace precisamente en el ejercicio de buscar, y encontrar, los equivalentes en el TLT más adecuados y naturales. En un debate sobre la traducción del español al francés, lo expresó con toda claridad el escritor Juan Goytisolo (1988,47): “Encontrar equivalencias, he aquí la clave de la traducción”²⁶.

Eugene A. Nida (1979: 214) considera que la traducción es una de las actividades intelectualmente más difíciles y competitivas de la humanidad, y que “el traductor nace, no se hace” (*translators are not made, they are born*). Sin embargo, no le resta importancia al aprendizaje y a la formación de los traductores, ya que las personas que tienen facilidad para las lenguas pueden perfeccionar con el estudio sus dotes naturales.

Pero, en todo caso, para que el traductor cumpla realmente con éxito su trabajo, debe tener obviamente facilidad de palabra, imaginación, inteligencia “y quizá lo más importante de todo: el amor a su propia lengua” (*and perhaps most important of all, a love for his own mother tongue*).

Sin embargo, aunque la traducción entre distintas lenguas plantea unos problemas comunes, por otra parte, como ya hemos dicho antes, cuanto más lejanas, y por tanto diferentes, las lenguas y culturas, muchos más problemas se derivan de estas diferencias, tanto a nivel lingüístico como a nivel cultural.

A continuación citaré como referencia unas citas aclaratorias de este mismo tema, del libro “La lengua y el hombre”²⁷, del lingüista sueco Bertil Malberg:

“Cada lengua es un prisma para ver el mundo, es decir, cada cultura y pueblo va configurando su lengua a través de su percepción del mundo. Humboldt opinaba que las diferencias entre los sistemas lingüísticos dependían principalmente de las distintas concepciones del mundo perceptibles en los diversos pueblos; para él la lengua no reflejaba el objeto tal como es, sino “la imagen que éste deja en el alma”.

²⁶ Torre, *Teoría...*, p. 138.

²⁷ Bertil Malberg. *La lengua y el hombre. Introducción a los problemas generales de la lingüística* Istmo, Colección Fundamentos, Madrid, 1984, pp.115, 119.

Introducción.

Según esta teoría, cuanto más diferente es la cultura entre los pueblos, tanto más diferente es su lengua y por tanto, más dificultades aparecerán en el momento de la traducción.

“Es decir, Occidente resulta, en muchos aspectos, una unidad desde el punto de vista cultural y de la estructura social. La educación occidental se ha construido sobre bases grecolatinas. Todo nuestro léxico científico, y, en general, filosófico y “espiritual”, está tomado de las lenguas clásicas o formados sobre modelos clásicos. Las lenguas escritas de Occidente han sido elaboradas en gran medida por quienes conocían el latín y tenían esta lengua como modelo. (...) Las coincidencias que innegablemente existen entre las lenguas europeas, no se limitan sólo al vocabulario. Volvemos a encontrar identidades en la misma estructura de la lengua, en el sistema semántico, en la tradición literaria. Por tal razón, no hay mayores problemas de traducción entre el inglés y el sueco o el holandés y el español; incluso entre el húngaro y el alemán o el finlandés y el portugués, no obstante que en los dos últimos casos se trata de lenguas sin un parentesco histórico, demostrable con seguridad, respecto a las demás.

(...) Si ciertamente el papel de la lengua para la actividad del pensamiento y la imaginación es tan fundamental como aquí se ha defendido, tampoco resulta indiferente cuáles son las lenguas extranjeras que debemos estudiar durante la formación escolar. Desde cierto punto de vista cabe sostener que cuanto más distinta sea una lengua de la materna, tanto más útil resulta como medio de entrenamiento intelectual y de ampliación del horizonte espiritual, siempre a condición de que representen una forma cultural valiosa. En consecuencia, el chino sería una útil lengua escolar en occidente; pero el proyecto de incluir el chino en nuestras asignaturas escolares parece, por razones evidentes, irrealizable en gran escala.

(...) El estudio (traducción, lectura de obras, etc...) de lenguas extranjeras proporciona el beneficio incuestionable del contacto directo, oral o escrito, con otros pueblos. Pero la mayor ventaja de su estudio es mucho más profunda: se trata de un excepcional medio de transfusión intelectual. El unilingüismo impide ver lo valioso que hay en los demás y crea fácilmente una fe ciega en la propia superioridad, peligro que puede ser mortal, a la larga, para toda forma de

Introducción.

actividad científica, artística o intelectual en general²⁸”.

Por tanto, de estas reflexiones se desprende que el contacto e intercambio entre dos lenguas y dos culturas es siempre enriquecedor, tanto más cuanto más diferentes son estas lenguas y culturas, aspecto que a su vez aumenta las dificultades en la traducción. Sin embargo, la paciencia del traductor entre lenguas tan diferentes y sus largas horas de dura lucha y reflexión resultan de sobra compensadas con la felicidad que proporciona la oportunidad de dar acceso, en nuestro caso, a los lectores hispanohablantes a un mundo que hasta ahora les estaba vedado.

A continuación pasaremos a analizar detenidamente algunos aspectos de la lengua y cultura japonesa y las dificultades que estas diferencias ocasionan en la traducción de su literatura al español.

²⁸ Ibid., pp. 120, 125, 129.